En materia de pureza se debe temer todo por la misma razon que no se teme bastante.

Se procura disimular los peligros que se aman; y la prueba de que se aman, está en que se procuran ocultar.

Todos somos formados de un mismo barro: ¿pues por qué no puede ser de nosotros lo que ha sido de otros muchos, que han visto la triste esperiencia de su flaqueza?

Aunque sea necesario contar con el socorro de la gracia, no es permitido por esto esponerse al peligro; porque estos auxilios no están asegurados sino para aquellos que se hallan en la tentacion sin haberla buscado.

Cuando hubiéreis conseguido por espacio de muchos años repetidas victorias sobre el enemigo de la pureza, no os juzgueis por esto invencible, ni dejeis de desconfiar aun de vos mismo.

Sed fiel en evitar las ocasiones diarias que se os presentan de todas partes, y que el demonio multiplica continuamente. Entónces Dios os dará gracias de fortaleza en aquellas ocasiones que no se pueden prever, y en donde es necesario una gran virtud para triunfar.

¡O Vírgen, Madre de Dios! alcanzadme esta desconfianza de mí mismo, esta prudencia en mis pasos, y esta mortificacion de mis sentidos, de que tanto necesito para conservarme en la castidad.

No puedo lisonjearme de ser, como yo lo deseo, del número de los que os aman, porque no he amado particularmente una virtud que ha sido uno de los principios de vuestra gloria.

Madre purísima, y castísima Reina de las vírgenes: alcanzadme la gracia de vivir en una pureza tan exacta, que siempre halleis en mí esta señal, por la que reconoceis vuestros hijos mas queridos.

CAPITULO XI.

De la verdadera grandeza.

Hay una diferencia infinita entre las distinciones del mundo, y entre aquellos cuyo fundamento es la gracia.

Riquezas inmensas, soberbios palacios, criados sin número, anuncian la grandeza de los reyes. El desprecio del mundo, el horror al pecado y el amor de Dios, es lo que anuncia la grandeza del justo.

La verdadera gloria y el verdadero mérito del hombre consiste *en temer á Dios, y en observar sus mandamientos* (1).

El ángel que fué enviado á María por el Señor, le dijo: *Yo os saludo, pues que sois llena de gracia, y el Señor está con vos.* ¿Podia él acaso hacer de esta Vírgen un elogio mas glorioso?

Aquel seria digno sin duda de todas las alabanzas de los hombres y de los ángeles, á quien se le pudiese decir: *Vos habeis hallado gracia delante de Dios*, y sois agrable á sus ojos.

En aquel mismo tiempo en que el ángel fué enviado á María, se hallaban Augusto y Herodes en el trono. Se le prodigaban los nombres de grandes, poderosos y magnánimos. ¿Pero qué eran ellos delante de Dios, justo y único juez de la verdadera grandeza?

Una jóven, oculta en las soledades de Nazaret, era infinitamente mas digna que ellos de todos los mas grandes elogios.

La sólida grandeza no se mide por las vanas ideas del mundo, sino por las ideas de Dios, que es el solo grande, y delante de

(1) Eccles. XII, 13.

quien ninguna cosa lo es, sino con respecto á él.

¿Qué son todos los héroes que han admirado al universo, en comparacion de los grandes hombres que ha formado la religion por la virtud?

Mucho mas glorioso es domar las pasiones que sujetar los pueblos (1); y cuesta mucho ménos ganar victorias sobre los otros, que el vencerse á sí mismos.

Un verdadero cristiano no debe ser mirado como uno de estos héroes que deben únicamente su heroismo á una ocasion: estos son héroes de un solo dia; y un cristiano lo es de toda la vida.

Su gloria consiste en vencer todos los obstáculos que se le oponen, así como su fin es el de poseer á Dios y reposar en él.

¿Puede haber por otra parte honor mas grande que el de servir á Dios, y el de pertenecerle como cosa propia? *Servir á este Señor es reinar.*

La Escritura, hablando de Abraham, de Moises, de David, los hombres mas grandes que ha habido sobre la tierra, los llama *sier-*

(1) Prov. XVI, 52.

vos de Dios. Este solo título comprende todos los demas, ó por mejor decir, todos los demas no son nada en comparacion suya.

La calidad de siervo de Dios es tanto mas elevada sobre la de rey y soberano, cuanto Dios es superior á los soberanos y reyes del mundo.

¡Oh Rey inmortal, dueño soberano del universo! yo soy hecho para vos, y para vos solo. ¿Quién habrá que os conozca, y no os rinda sus homenajes? ¿Quién os podrá conocer, y no estimar infinitamente la condicion de aquellos que os sirven?

¡Qué gloria para el hombre, siendo criatura tan miserable como es en sí misma, poder tener el honor de serviros y amaros!

Haced, Señor, por vuestra gracia, que yo comprenda bien que una persona que en la oscuridad de una vida privada, como era la de la Vírgen, cuida de hacer vuestra voluntad y de serviros fielmente, hace una cosa mas grande y mas gloriosa, que todo cuanto el mundo ciego é insensato mira como glorioso y grande.

Y concededme tambien la gracia, de que la nobleza, la gloria y el honor que es anexo á vuestro servicio, me inspire en todos mis em-

pleos, en todas mis acciones, una grandeza de alma, una generosidad y una constancia digna del Señor á quien sirvo.

CAPITULO XII.

Cómo las gracias de Dios son para los humildes.

María. Hijo mio: quiero manifestarte un secreto para que alcances de Dios grandes beneficios; y es: el de que te juzgues siempre indigno de ellos.

Dios *da sus gracias á los humildes* (1). En un corazon lleno de sí mismo no encuentra Dios lugar para colocar sus favores.

Siervo. ¡Oh Reyna de los santos! vos nos dísteis sobre este punto ejemplos que nos deben servir de un gran fondo de instruccion.

No es necesario sino considerar el modo con que os portásteis en la visita que os hizo el ángel de parte del Señor, para ver los sentimientos de humildad que teníais de vos misma.

El ángel os anunció que estábais para ser

(1) Jacob. IV, 6.

Madre de Dios, y vos no podíais comprender cómo Dios se habia dignado fijar su eleccion sobre vos para una dignidad tan eminente.

La idea de una elevacion tan superior á la naturaleza, os hacia en alguna manera sospechosa la visita de este ángel.

Y en el instante mismo en que el Ser Supremo vino á encerrarse en vuestro seno, no pensásteis sino en abismaros dentro de vuestra nada.

De tantos títulos inseparables de la dignidad con que estábais honrada, retuvísteis únicamente la calidad de *sierva del Señor*.

¡Oh nueva Eva! ¡Cuán diferente habeis sido de la primera! Su orgullo le hizo perder sus privilegios, y vuestra humildad ha sido la causa de los vuestros.

El *Todopoderoso*, para obrar en vos *grandes maravillas*, tuvo en consideracion, no las ventajas naturales ó el esplendor del nacimiento, sino los sentimientos de humildad que teníais de *vuestra bajeza*.

Era natural que un Dios que debia humillarse hasta el esceso, haciéndose hombre, tuviese infinitas complacencias en la humildad.

Convenia que eligiese por Madre aquella que, por su profunda humildad, merecia mejor que otra alguna la mas alta de todas las dignidades.

Fuísteis agradable á Dios por vuestra virginidad, y le concebísteis por vuestra humildad.

María. Hijo mio: á los ojos de Dios, aun mas que á los de los hombres, el que tiene mas mérito es aquel que cree no tener ninguno, aunque tenga muchos.

¿Qué es lo que *Dios mira con complacencia en el cielo y en la tierra? las almas humildes* (1).

¿*Sobre quién pondré yo los ojos*, dice el mismo Dios, *sino sobre el pobre, sobre aquel que es humilde de corazon* (2)?

Dios se aparta de los que se elevan, y se acerca á los que se abaten.

El orgullo es la causa de que tantos cristianos se hallen desnudos de los bienes de la gracia.

Si procurasen conocerse á sí mismos, este conocimiento produciria en ellos la humildad,

(1) Ps. CXII, 5.—(2) Isai. LXVI, 2.

y ésta remediaria su indigencia por las gracias que les atraeria.

Procura, hijo mio, estar vacío de tí mismo, y Dios te llenará de sus dones: hazte rico, confesando que de tu propio fondo no eres sino miseria.

Si eres humilde, Dios se servirá de tí para su gloria; porque el cuidado de éste le confia á los que no quieren ni usurparla ni dividirla con él.

Cuando recibes de Dios algun favor, piensa con humildad y reconocimiento, que es necesario que Dios sea un gran Señor, pues que así gratifica al amor de sus siervos.

No te atribuyas nada, ni de los bienes que posees, ni del bien que haces.

Aun cuando correspondas á la gracia con cuanta fidelidad es posible, acuérdate de que no eres fiel sino con el socorro de la misma gracia, y que Dios, recompensando tu fidelidad, corona sus propios dones.

Procura tener siempre presentes estas tres cosas: Dios es todas las cosas, y yo no soy nada: Dios lo posee todo, y yo no soy sino miseria y corrupcion: Dios lo puede todo, y yo no puedo nada sin su auxilio.

Entónces, aunque no seas nada, ni poseas

nada, ni puedas nada por tí mismo, serás, no obstante, alguna cosa á los ojos de Dios, y se complacerá en concederte sus favores, y en sacarte victorioso de tus enemigos.

CAPITULO XIII.

Cómo la verdadera gloria se halla principalmente en la humildad cristiana.

Los términos en que el ángel se esplicó cuando habló á María, no se conformaban de ninguna manera en el espíritu de esta Vírgen con las ideas que tenia de sí misma.

Su alma fué *penetrada de un santo temor*, y llegó á sospechar, si acaso lo que pasaba delante de su vista seria una ilusion de los sentidos, ó algun lazo que le preparaba el espíritu tentador.

El ángel le decia, *que era bendita entre todas las mugeres;* y María, que se juzgaba la última de todas, no podia comprender cómo se hacia de ella un elogio semejante.

Este ángel le anunciaba tambien, *que de tal modo habia hallado gracia delante del Señor*, que si prestaba su consentimiento, llegaria á ser su Madre.

Y en vista de un grado de elevacion como

el que se le prepara, María se humilla, y se cree ser bastante dichosa con tener la calidad de su sierva.

¡Oh vosotros los que no respirais ni deseais otra cosa que la gloria! María os enseña en dónde la hallaréis.

La gloria sólida y verdadera consiste en hacerse pequeño. Así lo juzga el mismo Dios, y escrito está: *Aquel que es el mas pequeño entre vosotros, es el mas grande* (1).

Esta grandeza es no solamente sólida, sino segura. Ninguno os la disputará, ni os la intentará robar.

Haciéndoos el mas pequeño, llegaréis á ser el mas grande, porque luego que llegueis á estar convencido de que por vos mismo nada sois, ni nada podeis, este mismo convencimiento, humillándoos, os elevará á Dios, á quien reconoceréis por Autor Soberano de todo bien.

Entónces podréis contar con el poder de Dios, con una confianza tanto mas firme, cuanto este Señor se complace en fortalecer á los flacos.

La humildad por otra parte os librará de

(1) Luc. IX, 48.

las bajezas á que reducen la ambicion y el orgullo. ¿Puede haber alma mas vil que la de un hombre dominado por la pasion de engrandecerse, y que quiera absolutamente ser aplaudido?

Esta misma humildad os hará independiente del respeto humano, y de las vanas ideas de los hombres, á quienes diréis con el apóstol: *Poco me importa que vosotros me juzgueis. Yo no tengo rigurosamente sino un Juez, y este Juez es Dios* (1).

Os hará mirar con indiferencia los honores de este mundo, porque en medio de su esplendor descubriréis la ilusion y la vanidad.

Os escitará, no á igualaros con el prójimo, sino á honrarle, y á mirarle sin envidia superior á vosotros, ó por su graduacion, ó por la estimacion que se le tributa.

La humildad parece que tiene alguna cosa debajo para aquel que juzga de todo por los sentidos, y no se mueve sino por los bienes sensibles; pero sin embargo, es una de las virtudes mas propias para formar corazones nobles y grandes.

Entre todas las virtudes, la humildad es la

(1) I Cor. IV, 3.

que denota mas solidez en el entendimiento y mas firmeza en el alma.

Pero sobre todo os dará la humildad los mas bellos rasgos de semejanza con Jesus, Hombre Dios, principio de la verdadera grandeza y de la verdadera gloria.

Jamas el hombre es mas grande ni mas glorioso que cuando se propone imitar este divino modelo; y nunca estamos mas cerca de él que cuando somos humildes, y cuando siendo abatidos, amamos la humillacion.

Jesus era humilde y amaba la humillacion, porque sabia cuánto glorificaba en esto á su Padre.

En efecto, en el tiempo de sus humillaciones fué cuando el Padre celestial declaró, que Jesus era *el objeto de sus complacencias*, y cuando cantaron los ángeles: *Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos.*

Si eres humilde como Jesus, Dios será glorificado. ¿Y qué cosa puede haber mas gloriosa que procurar la gloria de Dios?

¡Oh Reina del cielo! en quien se verificó de un modo admirable aquel oráculo: *Cualquiera que se humille, será exaltado* (1), y

(1) Luc. XVIII, 14.

que habeis sido tanto mas exaltada, cuanto habeis sido mas humilde, alcanzadme la gracia que necesito para destruir este fondo de orgullo que domina en mí.

¡Ay de mí! yo no he sido hasta este dia humilde sino en la apariencia, y no he contrahecho esta humildad sino para ganar la estimacion del mundo, que aun siendo tan perverso como es, desprecia á los soberbios.

Alcanzadme una humildad sincera que, manteniéndome en el convencimiento de mi flaqueza, me haga, á imitacion vuestra, dirigirlo todo á Dios, esperarlo todo de Dios, depender de Dios en todo y hacerme de este modo digno de la estimacion de Dios mismo, que es la causa única de la grandeza y del honor.

CAPITULO XIV.

Que una alma humilde procura ocultar á los ojos de los hombres lo que es en la presencia de Dios.

El ángel que el Señor envió á María, le dió los mas grandes elogios, y le anunció que llegaria á ser la Madre del Hijo de Dios;

pero ninguno llegó á saber de la boca de María lo que este ángel le habia dicho.

No se la vió de ninguna manera querer distinguirse ni obrar en lo esterior como Madre del Mesías; se condujo en todo como si hubiese sido una muger regular.

Aunque fué grande el cariño que tuvo á su esposo José; y por mas frecuentes que fuesen las conferencias que tenian entre los dos, jamas le habló ni una sola palabra de lo que le habia anunciado el ángel.

Cuando fué despues á visitar á su prima Santa Isabel, la halló ya instruida en el misterio; pero María no se aprovechó de esta ocasion favorable para instruirla mas.

Dejaba únicamente á Dios el cuidado de manifestar, cuando lo juzgara mas á propósito, los secretos que le eran tan gloriosos.

Toda la aplicacion de su espíritu consistia en mantenerse constantemente en la humildad.

Así es como se debe ocultar á los ojos de los hombres lo que uno es en la presencia de Dios, y los beneficios que se reciben de su liberalidad.

Una virtud oculta está siempre segura, y solo á Dios toca el manifestarla.

Cuando se saca al público este tesoro, está espuesto á perderse. Los colores mas finos suelen perder de su viveza solo con que les dé el aire.

Marta dijo á su hermana: *Aquí está el Señor, y él os llama* (1); pero se lo dijo en voz baja.

Los hombres ciegos y sensuales (2) no estiman ó no conciben cuán superior es á los sentidos todo *lo que es del espíritu de Dios.* Hablarles de esto, es esponerse á sus burlas las cosas mas santas.

El espíritu de Dios se comunica en secreto, y quiere que todo sea reservado entre él y alma favorecida.

Un hombre solo escogido entre mil (3) puede, y aun debe conocer vuestras riquezas espirituales para que os enseñe el medio de aprovecharos de ellas; este es el que en este mundo hace las veces de Dios, para conduciros por los caminos de la salud y de la perfeccion.

Por lo que toca á los demas hombres, habeis de procurar ser delante de ellos en lo

---

(1) Joan. XI, 28.—(2) I Cor. II, 14.—(3) Eccles. VII, 29.

esterior lo que son los hombres de bien y de virtud; sed humilde, modesto, afable, de un humor siempre igual, pero que el interior les sea siempre cerrado.

El que os tenga por un hombre poco versado en la espiritualidad, y distinto del que sois, es una dicha que pone á cubierto las gracias que Dios os hace.

Dios quiere que se ande con fervor por sus caminos; pero es un gran beneficio el caminar por ellos sin que nadie lo entienda.

Algunas almas se han perdido despues de haber recibido de Dios favores muy singulares, por haber hecho demasiada conversacion sobre ellos, haber tenido una vana conplacencia, y haberlos hecho admirar á quien no debia saberlos.

Si hubieran tenido la disposicion interior de la Santa Vírgen, el espíritu de humildad, que lleva siempre consigo la luz divina, les hubiera dado una sabia desconfianza, y les hubiera descubierto las astucias del espíritu del orgullo.

Es necesario tener mucha precaucion para no dejarse engañar en la vida espiritual, pero sobre todo en los caminos estraordinarios.

Un licor esquisito y celestial puede llegar á convertirse en veneno por falta de precaucion.

Siempre se ha notado que una alma verdaderamente interior sufre mucho, y tiene necesidad de toda su resignacion en la voluntad de Dios, cuando permite que se haga pública alguna de las particulares gracias con que la favorece.

CAPITULO XV.

De la prudencia de la fe.

Dice el Evangelio que María *reflexionaba* cuando el ángel le llevó la embajada de parte del Señor. Estas reflexiones nacian de su humildad y juntamente de su fe.

Esta *Vírgen prudentísima* sabia que el ángel de las tinieblas se transforma algunas veces en ángel de luz, y que el espíritu del error imita tambien la voz del espíritu de la verdad.

Por esta razon preguntó al ángel, y esperó la respuesta, para ver si se conformaba con lo que los profetas habian dicho del Mesías, y con los principios de su religion.

Luego que el ángel le respondió, ya no necesitó mas de otra regla para conducirse, que la palabra de este ángel, porque reconoció la voz de Dios en ella.

Hay una prudencia que guia y dirige la sumision á la fe, léjos de serle contraria.

La prudencia hace abrir inmediatamente los ojos para asegurarse de la revelacion, y la sumision los hace cerrar para creer ciegamente.

Es necesario no creer á toda suerte de espíritus (1): yo no quiero creer de todo cuanto se me puede decir en materia de religion, sino aquello que es conforme con lo que Dios ha dicho, ó por sí mismo, ó por el órgano de su Iglesia, *que es la columna y el apoyo de la verdad* (2).

Dios nos ha dado los medios de conocer lo que ha revelado; y una vez que la revelacion es cierta, *condenaria, aunque fuese á un ángel, que quisiera enseñarme lo contrario de lo que ella me enseña* (3).

Creo todo lo que me enseña la religion, porque nada me dicta que Dios no haya di-

(1) I Joan. IV, 1—(2) I Tim. III, 15.—(3) Galat. I, 18.

cho. ¿Y qué cosa puede haber mas cierta que la que ha dicho el que es la misma verdad?

Es ademas imposible el que yo me engañe, así como lo es el que me engañe Dios, ó el que se engañe á sí mismo.

Es una insigne locura creer una cosa, como dicha por el mismo Dios, sin justos motivos; es una locura de paganos, y aun de muchos que se glorían de cristianos.

Pero creer una cosa como palabra de Dios con justos y razonables motivos, no puede ménos de ser esta una prueba de las mas alta sabiduría.

Creer como una fe firme las verdades que Dios ha revelado, es participar de la infalibilidad del mismo Dios.

El exámen en materia de religion hecho con el mismo espíritu con que le hizo María Santísima, produce el efecto de hacerse mas constante en la fe.

Pero ¡cuántas personas hay que hacen este exámen solo con el designio de mantener los errores en que viven, y no para aprender lo que deben creer y lo que deben seguir!

Su intencion no es la de buscar la verdad para seguirla, sino la de ver si pueden encon-

trar razones para dudar de la verdad que no pueden sufrir.

No buscan de ninguna manera reglas ciertas para conocer lo que deben creer, y cómo deben vivir: el fin de sus investigaciones es el de vivir sin remordimiento en el delito.

Un sistema de irreligion es del gusto de muchas personas á quienes la fe les sirve de un tormento continuo.

No se duda comunmente, ni se tiene por sospechosa la fe, sino cuando comienza á ser molesta.

La santidad de sus máximas, y no lo incomprensible de sus misterios, es lo que incomoda á los incrédulos.

Es necesario, ó renunciar á las pasiones, ó sufrir continuamente temores y remordimientos. No hay cosa mas comun que determinarse á no creer, ó á lo menos á formar dudas sobre todo, ménos sobre el desórden lastimoso en que se vive.

CAPITULO XVI.

De la sumision á la fe.

Luego que María se aseguró de que Dios era el que la habia hablado por ministerio

del ángel, creyó firmemente que se obraria todo lo que se le acababa de anunciar; y lo creyó de tal suerte, que de ninguna manera procuró comprender el misterio.

Ni pidió como Acaz que se le manifestase una señal en prueba de que sucederia lo que se le habia revelado; ni dudó como Zacarías; y así no fué en aquella ocasion cuando dijo María: *¿Cómo podrá hacerse esto?*

¿Cómo este Hijo, de quien voy á ser Madre, obrará la redencion? ¿Cuál será el establecimiento de su reino? Ninguna de estas reflexiones oyó el ángel de María; ninguna de estas preguntas y curiosidades, que son propias de una alma flaca. Lo que hizo fué cautivar inmediatamente su entendimiento bajo el yugo de la fe.

Humíllate tú ¡oh alma mia! á imitacion suya, sometiendo tu razon á las verdades que son superiores á tus luces.

No procures comprender los misterios que la fe te propone. Si tú los comprendieras, dejarian de ser misteriosos. Debe ser bastante para tí saber que son verdaderos.

No podrás ménos de quedar plenamente convencido de su verdad, si consideras la fe que te los enseña, con todos los caractéres